

mas célebres en Dumio, cerca de Braga, y le dió su nombre. Esta es la primera abadía que siguió en España la regla de San Benito, á la que la sujetó Martin (1). Algun tiempo despues se tuvo un Concilio en la ciudad de Lugo para arreglar varios negocios, que no podian menos de ocurrir en las nuevas iglesias. Hizo el rey presente á los Padres, que las diócesis eran muy estensas para que el obispo pudiese visitar cada año todas las iglesias, segun lo prescribian los cánones: que un solo metropolitano no bastaba, y que era difícil reunir todos los años el Concilio de tan vasta provincia. En su consecuencia se erigió á Lugo en metrópoli, como Braga lo era ya, y se crearon nuevos obispados, uno de los cuales tuvo su Silla en el monasterio de Dumio, cuyo santo abad fué así el primer obispo. Del mismo modo señalaron las parroquias de cada diócesis para evitar disputas entre los obispos vecinos (a).

de Humildad cristiana, otro de *Móribus*, y últimamente de la diferencia de las cuatro virtudes cardinales: en los cuales porque con las muchas sentencias y agudeza del estilo se llega mucho á la semejanza del de Séneca, los dos postreros libros andan en algunas impresiones en nombre de aquel filósofo puestos entre sus obras. Edificó desde sus cimientos el monasterio dumiense; y mudado despues en obispado, de abad Dumiense se llamó obispo del mismo título, y mas adelante fué prelado de Braga con retención de la iglesia dumiense que unieron con el nuevo obispado que le dieron. Despues de muerto, por la mucha fama de su santidad en Galicia y en parte de la Lusitania le tuvieron y tienen por Santo hasta hacerle fiesta á 20 de marzo. Asi Mariana.

(N. del E.)

(1) *Act. Bened. Tom. 1, pag. 26.*

(a) Ambrosio Morales y con él el cardenal Aguirre y otros críticos dicen que este Concilio de Lugo fué posterior al primero de Braga, y que este se celebró el año 561 y aquel en el 569. Morales cita las siguientes palabras de un escrito antiguo que se conserva en el archivo de Lugo: «Tempore suevarum sub Era DCVII die kalend. Januarii Theodomirus princeps suevorum, Concilium in civitate Lúco fieri praecepit ad confirmandam fidem catholicam, vel pro diversis Ecclesiae causis.» Y despues añade el citado Morales: «En la iglesia mayor de Lugo está el Santísimo Sacramento siempre descubierto detrás de un viril, así que en cualquiera hora que se entra en la iglesia se puede ver y adorar... En Lugo tienen por tradición antigua que esto se instituyó allí, porque habiéndose tratado en otros Concilios de un error

Celebróse en Braga otro Concilio, cuyo primer objeto fué afirmar la fé contra los restos del priscilianismo. Estableciéronse despues en él cánones de disciplina que abrazan casi todas las ceremonias. Prohiben cantar en las iglesias otras poesías que los salmos y cánticos divinos: reglamento que parece haber suprimido los himnos, pero que no subsistió. Tampoco se conservó el cánon que manda á los obispos saludar como los presbíteros con estas palabras: *Dominus vobiscum*, y ha prevailecido el uso de decir los obispos *Pax vobis* al principio de la misa. Observamos que desde entonces los clérigos inferiores á los subdiáconos no podian tocar los vasos sagrados. Dividiéronse tambien los bienes de la Iglesia en tres partes; á saber, para el obispo, para el clero y para la fábrica (a).

Sobresalieron en estas mismas regiones y por el mismo tiempo otros cenobitas, de los cuales los mas conocidos son San Millan de Aragon (b), y San Donato del pais de

que habia acerca del Santísimo Sacramento, nunca se determinó la verdad hasta este Concilio de aquella ciudad.

(N. del E.)

(a) Concurrieron á este Concilio primero de Braga ocho obispos, cuyos nombres son Lucrecio, Andrés, Martin, Cotto, Hilderico, Lucencio, Timoteo y Mariano. Lucrecio era metropolitano de Braga, Martin era obispo de Dumio, Lucencio de Coimbra, Andrés de Iria, y alguno de los que quedan es probable fuese de Lugo. Tratóse ante todo, como insinúa Henrion, de confirmar la fé, y formaron los padres diez y siete anatemas, en los que proscribieron con la mayor claridad y distincion los abominables dogmas de los priscilianistas. Con igual celo se aplicaron los obispos á reformar los abusos, y á establecer en su provincia una perfecta uniformidad en las ceremonias y orden de los divinos oficios, y en los ritos pertenecientes á la celebracion de los Santos Misterios. A esta fin pusieron por fundamento los decretos de los antecedentes Concilios generales y particulares, y los de la Silla Apostólica, especialmente la carta de Vigilio á Profuturo predecesor de Lucrecio, de la que ya hablamos. Los Cánones formados sobre esta materia son veintidos. Véase el cardenal Aguirre, tom. 2.º, pag. 292 y sig.

(b) San Millan fué natural de la Rioja y no de Aragon, é hijo de padres pobres pero piadosos. En sus primeros años se ejerció en el oficio de pastor, hasta que llamado por Dios, pasó á visitar á San Felix, anacoreta perfectísimo que vivia en la sierra cerca del castillo de Riblito en las inmediaciones de Najera

Valencia, que le eligió por su obispo (1). Ilustró Donato de tal modo el estado monástico en estas provincias, que en lo sucesivo se le tuvo por el primer autor de la observancia monástica en España, donde la habian establecido otros muchos antes que él como llevamos dicho. Era natural del Africa, en la que gobernó un monasterio numeroso; y viendo esta provincia amenazada con la invasion de los bárbaros, pasó el mar con setenta discípulos y muchos buenos libros (2), y fijó su morada con ellos cerca de Játiva, en el reino de Valencia, en el monasterio servitano que levantó con el auxilio de una muger ilustre y virtuosa, llamada Mincea. Gozaba ya de la mas eminente reputacion por su virtud y

ra, y se hizo su discípulo adelantando admirablemente en la perfeccion. Despues se consagró á una vida enteramente solitaria, por lo que le fué preciso mudar varias veces de retiro, porque en el momento que lo llegaban á conocer los pueblos de las cercanías, acudían en gran número á ponerse bajo su direccion. Se fijó por último en la cumbre del monte Dirceo, mas abajo de la altura llamada la Cogolla, de la que tomó su apellido. Hizo en esta áspera soledad una vida santísima por espacio de cuarenta años, hasta que Diácono, obispo de Calahorra (Morales dice de Tarazona), le sacó de ella, le ordenó presbítero, y le confió el régimen de la parroquia de Birgegio. Mas como el Santo, cuidadoso solamente de los bienes espirituales, olvidase la administracion de las rentas, fué acusado delante del obispo, el cual por esto le dejó en libertad para seguir las inspiraciones del cielo, y él se retiró otra vez á la soledad, estableciendo su morada en el lugar que se llamó despues San Millan de Suso. Vivió allí hasta la edad de mas de cien años, ejercitándose en todo linage de penitencias y obrando un gran número de prodigios. Murió por los años de 560, y su memoria es célebre en toda Castilla, y principalmente en la diócesis de Calahorra. Escribió su vida San Braulio, obispo de Zaragoza, quien refiere de él muchos milagros y hace además mencion de otros santos monjes y anacoretas que florecieron por este tiempo en nuestra España. Pueden verse tambien Sandoval, Morales y otros autores.—Tambien floreció por este tiempo San Fidel, metropolitano de Mérida, de nacion griego y sobriño de su predecesor San Pablo, por cuya solieitud y desvelos habia sido educado. Refiérese de él que edificó el templo de Santa Eulafia. Véase Paulo, diácono de Mérida, en el libro de los Santos de esta ciudad.

(N. del E.)

(1) *Act. Bened. pag. 205.*

(2) *Fidel, de virt. illustr. cap. 31.*

milagros en tiempo del emperador Justino el jóven (a).

Mientras así se iban regenerando tan felizmente las costumbres en las estremidades de la Hesperia, Justiniano empuñaba el cetro todavía en una edad muy abanzada, y desmentia con opiniones tan extravagantes como impías la adhesion que en otro tiempo habia mostrado á la fé ortodoxa; que en esto vinieron á parar su curiosidad en materias de fé y su temeridad de evangelizar sin mision (1). Los hereges origenistas, á quienes habia perseguido con mas rigor, fueron los mismos que le sedujeron y le precipitaron en el error de los incorruptibles. Dejose persuadir por estos nuevos de los eutiquianos, de que el cuerpo de Jesucristo no era susceptible de alteracion alguna, ni aun por las afecciones naturales mas inocentes, tales como el hambre y la sed; de modo que segun estos novadores, así durante su vida mortal como despues de su resurreccion, comia y bebia sin que de ello tuviera necesidad alguna. Al punto que Justiniano cayó en estos delirios, principió en breve como lo tenia de costumbre á multiplicar definiciones y ordenanzas. El peso de la autoridad, el atractivo del favor, los artificios y manejos de la seduccion, todo lo puso en movimiento para hacer que los obispos aprobasen su loca teología.

Obró entonces el patriarca Eutiquio como era de esperar de un santo y docto prelado: espuso al principe las consecuencias de semejante doctrina, á saber; que un

(a) Los historiadores encuentran grandes dificultades para fijar con certeza cuál fué su profesion ó regla, el lugar de su monasterio que unos dicen ser Játiva, otros Elche, etc., y el tiempo de su fundacion. Acerca de todo esto puede verse el tom. 2 de la Hist. de Valencia de don Gaspar Escolano, columna 1145 y sig., y el lib. 5 de los anales del P. M. Diago, cap. 3.

(N. del E.)

(1) *Evagr. lib. 6 hist. cap. 33.*

cuerpo incorruptible no hubiera sido lactado con la leche de la Virgen Madre, ni podría ser propia y verdaderamente el cuerpo de su hijo; que tampoco habria sido clavado en la cruz, ni muerto por los judíos; y en una palabra, que esta opinion hacia absolutamente imaginarios los misterios de la Encarnacion y de la Redencion. «No se puede llamar incorruptible el cuerpo del Salvador, añadió el santo obispo, sino en cuanto no fué manchado por pecado alguno, ni padeció corrupcion en el sepulcro.» Mas Justiniano, no menos apasionado ni menos imperioso á favor del error que lo habia sido en otro tiempo en defensa de la verdad, eclipsó entonces la gloria de su celo, dando motivo para creer que era efecto del temperamento. Mandó á un tribuno apoderarse de la casa patriarcal, mientras el patriarca celebraba el santo sacrificio; y destacó despues tropa armada para prender en el lugar santo al patriarca mismo, á quien se le despojó y encerró en un monasterio mientras le formaban causa, pues en el fondo se avergonzaban de una conducta tan escandalosa, y hubieran deseado encontrar en su vida algun pretexto para justificar ó colorear en algun modo semejantes violencias. Eutiquio reclamó los cánones, rehusó comparecer y fué condenado en rebeldia; despues de esto le condujeron á Amasea, metrópoli del Ponto, al monasterio que habia gobernado antes de ser obispo. Eligieron en su lugar á Juan el Escolástico, siro de nacimiento, y encargado de los negocios de la iglesia de Antioquia en Constantinopla.

Este apocrisario estaba muy distante de seguir los sentimientos de su patriarca Anastasio, que habiendo sucedido poco tiempo antes á Domnino, gozaba ya de la estimacion y afecto público (1). En efecto,

(1) Evag. lib. 4 hist. cap. 40.

Anastasio tenia en sumo grado todas las cualidades necesarias para hacerse amar y honrar de las personas de todo estado y carácter. Reunia en sola su persona las virtudes y talentos que raras veces se encuentran juntos y que en algun modo parecen incompatibles. A un mismo tiempo se mostraba capaz de los mas grandes negocios, y propio para descender á las cosas mas menudas. Era elocuente, vehemente ó discreto, segun que las personas ó los objetos eran dignos de conmoverle: en las conversaciones frivolas conservaba la reserva hasta ser taciturno é indiferente; era afable con dignidad, tratable sin familiaridad y sin bajeza, severo cuando era necesario, pero sin ninguna aspereza; y en todas estas diversas circunstancias conservaba siempre una igualdad de ánimo y una firmeza inalterables. Justiniano hizo los mayores esfuerzos para ganar un obispo que hubiera arrastrado tras sí á otros muchos.

Pero fueron en vano todas sus tentativas; antes por el contrario, el santo patriarca, como era tan capaz, procuró curar el espíritu alterado del príncipe; pero el mal estaba ya muy arraigado en lo íntimo de su temperamento, y así los remedios no surtieron efecto. Para impedir el contagio instruyó á los monges siros que le habian consultado, y los dispuso á sufrir cualquiera persecucion por la buena doctrina. Todos los obispos de Oriente miraban á Anastasio como á su guia, y públicamente se gloriaban de gobernarse por sus máximas; de modo que habiendo pedido el emperador que suscribiesen á sus dogmas imaginarios, le contestaron ingenuamente que seguian el ejemplo de Anastasio, obispo de Antioquia. Justiniano era muy tenaz en sus sentimientos cuando los creia conformes á la Religion, y así no podia llevar con paciencia una contradiccion tan general. Intentó desde luego castigar al pri-

mer autor de ella; mas cuando se preparaba á desterrarle, le arrebató á él mismo la muerte, en 14 de noviembre de 565, cuarenta de su reinado y ochenta y cuatro de su edad.

No obstante los defectos de su vejez, como mostró escelentes cualidades y mucha virtud en la fuerza de su edad, la posteridad parece haberle perdonado los males que causó á la Religion y de los cuales muchos historiadores afirman que se arrepintió. Los griegos llegaron hasta colocarle en sus menologios. Levantó gran número de iglesias en toda la estension del imperio, y ademas de las sesenta y tres que se cuentan individualmente, fundó diez hospitales y veinte y tres monasterios (1). No le detenia en estos casos la avaricia que algunos le atribuyen; pero el amor de sus súbditos hubiera debido retraerlo de una prodigalidad que por mas piadoso que sea su objeto nunca podrá llamarse virtud, cuando es gravosa á tantos infelices. La iglesia patriarcal de Constantinopla, dedicada á la Sabiduría Eterna, y llamada por esto Santa Sofía, es el mas digno monumento que dejó Justiniano. Este augusto templo, principiado antiguamente por el gran Constantino y concluido por Constancio, habia sido devorado por un incendio, y Justiniano le reedificó. Era ya la tercera vez que se reedificaba, cuando despues del espantoso terremoto acaecido en su reinado, quiso darle una magnificencia superior todavia á la de su estado primitivo. Este magnífico templo, el mas elevado del universo, sirve hoy de mezquita á los turcos.

Antes que Justiniano habia fallecido el Papa Pelagio, el primer dia de marzo de 560, despues de un pontificado de unos cuatro años. Pasados cuatro meses y medio, es decir, el 18 de julio, fué elegido suce-

sor suyo Juan III, por sobrenombre Catelino, hijo de Anastasio, uno de aquellos grandes llamados ilustres. Juan concluyó la edificacion de la iglesia de los Apóstoles Santiago y San Felipe, que habia principiado Pelagio, é hizo la dedicacion de ella con grande pompa. Se cree vino de aqui la costumbre de celebrar en comun la fiesta de estos dos Apóstoles el dia 1.º de mayo (1).

Durante este pontificado murió en estrema vejez el famoso Casiodoro, igualmente distinguido por su nacimiento, por su mérito y por los puestos honrosos que habia ocupado. Fué cónsul, ministro principal de Teodorico, y prefecto del pretorio bajo tres reyes consecutivos, Atalarico, Teodato y Vitiges. Mas toda esta grandeza reunida en su persona hizola servir únicamente para hacer de ella un sacrificio mas ejemplar; pues cuando contaba cerca de setenta años abandonó el mundo y se retiró al monasterio de Viviers, que edificó en Calabria, cerca del lugar de su nacimiento. Estaba situado el monasterio en lo bajo de un monte á la orilla del mar, y desde él se veia sobre una altura el de Castel, donde iban á vivir como anacoretas los monges que despues de largas pruebas eran juzgados capaces de un recogimiento mas perfecto. Estas dos casas, de las cuales tenia cada una su abad, formaban sin embargo una sola comunidad dividida por la habitacion, pero perfectamente unida por la confraternidad y el espíritu de la regla. Por los escritos de Casiodoro vemos que el trabajo de manos, á lo menos el de un cierto orden, no era entonces de necesidad indispensable para el estado monástico, ni aun para los monges mas austeros. Por ocupacion principal propone á sus religiosos este sábio escritor el estudio de la Sagrada Escritura y todo cuanto puede conducir á él aunque sea in-

(1) Procop.

(1) Bolland, *ad diem 1. mai*, p. 28. D.

directamente. Exhórtales sobre todo á copiar libros, en lugar del trabajo ordinario. A los poco aptos para las letras, les encargó el cuidado de la agricultura y de la enfermería, suponiendo también aun para éstos una especie de estudio, pues les encomienda la lectura de los libros propios para hacerlos sobresalir en su destino.

Estas reglas las propone Casiodoro en su Institucion de las divinas Escrituras, y aquí notamos hasta dónde se estienden en su opinion las artes liberales que cree necesarias ó útiles al estudio de las sagradas letras. Cuenta en el número de estas artes la gramática, la retórica y las matemáticas, de las que dejó tratados compendiosos en el segundo libro de su Institucion; y bajo el nombre de matemáticas comprende la aritmética, la geometría, la música y la astronomía; lo que en todo compone las siete artes liberales tan famosas despues en las escuelas. En la primera parte de la Institucion trata de lo que se encamina mas directamente á su objeto; hace el catálogo de todos los escritos de los Padres latinos sobre cada libro de la Escritura, y aun de los griegos que habia hecho traducir. Hallábanse todas estas obras en la rica biblioteca que regaló á este monasterio. También indica los teólogos, los escritores ascéticos y los historiadores, sin olvidar la historia tripartita que se mira como obra suya, porque la hizo escribir.

Esta historia latina no es otra cosa que una traduccion de los tres historiadores griegos, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto, recogidos en un solo cuerpo. Está dividida en doce libros, y sirve de continuacion á la que Rufino habia hecho de los diez libros de Eusebio, añadiéndola el undécimo: lo que fué tan útil, que despues de su publicacion apenas han conocido los latinos otra historia de la Iglesia.

La Italia, que contaba muchos grandes

hombres iguales en su clase á Casiodoro, tardó muy poco tiempo en observar que Justiniano no ocupaba ya el trono. A pesar de todos los defectos de este príncipe, estaba muy lejos de igualarle su sobrino y sucesor Justino; y no porque el nuevo emperador no tuviese religion, antes bien comenzó consolándola de las ofensas que su tío la habia hecho, y levantó el destierro á todos los obispos, escepto al santo patriarca Eutiquio; pero era un príncipe abandonado á sus placeres hasta la brutalidad y hasta cierto género de estravagancia. No menos avaro que lascivo, en la misma proteccion que concedia á la Iglesia procuraba satisfacer muchas veces su sórdida avaricia, haciendo dinero de todo, hasta de los obispados. No es de admirar que con tanta bajeza de alma fuese cobarde; pero lo que parece extraño en Justino, es que, careciendo de valor, fuese emprendedor y audaz, y sobre todo que mandase asesinar á un pariente suyo llamado también Justino, hombre de consejo y espedicion, cuyo valor, talento y fidelidad conocida eran el mas firme apoyo de su poder (1). En breve fué despreciado por los mismos bárbaros un emperador semejante, y no habia pueblo alguno entre ellos por mas desconocido que fuese, que no aspirase en fin á la gloria de sujetar á su vez á estos romanos envilecidos que por espacio de tanto tiempo habian tenido subyugada toda la tierra.

Hacia ya cuatrocientos años que los lombardos, escandinavos de origen, despues de haber morado en diferentes provincias de la Germania, vivian en Panonia sin emprender cosa alguna, y dejaban pasar delante de ellos á otras naciones mas poderosas ó mas valientes. Por fin, despues de la estincion de los ostrogodos, y en el segundo año de Justino el joven, salieron de sus

(1) Evagr. lib. 8. hist. cap. 1 et 2.

salvajes acantonamientos al mando de su rey Alboino; entraron en Italia por Venecia y se apoderaron de todas aquellas provincias hasta mas allá de la Toscana, escepto Roma, Rávena y algunas plazas en extremo fuertes y pocas en número (1). Eran arrianos los lombardos; pero venian con ellos otros muchos bárbaros, panonios, búlgaros, gépidos, suevos y nóricos, que por la mayor parte eran todavía paganos.

La invasion de los lombardos fué casi el único suceso notable acaecido en el pontificado de Juan III, y eso que duró cerca de trece años. Despues de su muerte, acaecida en 573, estuvo mas de diez meses vacante la Santa Sede: dilacion bien estraña en un tiempo en que la ambicion y la politica no se habian acostumbrado á entrometerse en esta eleccion: mas causaronla las desolaciones de los bárbaros. Al fin fué elegido Benito, llamado por sobrenombre Bonoso, romano de nacimiento, y le ordenaron el 3 de junio del año 574.

En el año anterior habia sido muerto el rey Alboino por los pérfidos artificios de su muger Rosamunda, despues de haber reinado en Italia tres años y medio, y por consiguiente poco despues de la toma de Pavia, que sostuvo un sitio de tres meses. Clef fué elegido rey en lugar de Alboino: mas le mataron diez y ocho meses despues; lo que hizo aparecer tan peligroso este trono, que mandando cada gobernador en su ciudad, no tuvo rey la nacion durante diez años, sino solamente duques en número de treinta. Esta anarquía ó desgraciada tiranía produjo la desolacion de los pueblos y de la Iglesia; arruinó las ciudades y las provincias; despojó y destruyó los templos, y multiplicó por todas partes las muertes y las atrocidades. Todos los dias se encontraban tirados en los caminos, ó colga-

dos de los árboles, no solo muchos cadáveres de la gente comun, sino también las personas mas distinguidas, senadores, ilustres romanos, obispos y abades (1).

Cerca de Nocera apresaron los bárbaros á un diácono, y se estuvieron divirtiendo, haciéndole sufrir prolongados tormentos antes de la muerte á que le condenaron. El santo presbítero Sántulo, que era respetado indistintamente de todos por sus raras virtudes, y que no habia podido lograr que le perdonasen la vida, pidió que al menos se le consintiese cuidar de él hasta el último instante, y se encargó de guardarle respondiéndole de él con su cabeza; pero á media noche, viendo á toda la tropa sumergida en el mas profundo sueño, dijo al prisionero que huyese. Opúsose al principio el diácono á una oferta tan generosa alegando el peligro á que su bienhechor quedaria espuesto; pero á la segunda instancia, ya fuese por confianza en el poder del Santo, ó ya por el amor natural de la vida, creyó que Sántulo tendria recursos en este peligro, y salvó su propia existencia con una pronta fuga. Los bárbaros no lo echaron de ver hasta la mañana, y á las reconvencciones que hacian al santo presbítero, respondió con tranquilidad que tenia con que satisfacer y que estaba pronto á morir en lugar del diácono fugitivo. «Tú eres buen hombre, contestaron los lombardos, y es justo que mueras; mas no queremos que espieres con crueles tormentos: elige tú mismo el género de muerte que juzgues menos sensible.» Respondióles que le matasen del modo que Dios quisiese; y determinaron cortarle la cabeza. Todos los lombardos de la comarca se reunieron para este espectáculo por la singularidad del suceso. Sántulo suplicó que le diesen permiso para orar, y se lo concedieron. Despues

(1) Paul. Diacon. lib. 2, cap. 7.

(1) Paul. Diacon. lib. 2, cap. 31.